

Lo vivido en el Salón de los Escolapios

José Félix Valderrábano cmf

En este salón del colegio de los Escolapios hemos estado encerrados desde la tarde del día 20 6 sacerdotes, 37 seminaristas y 6 hermanos. Hoy, 14 de agosto, quedamos solo 20, porque el día 12 fueron fusilados los 6 de mayor edad y el 13 sufrieron la misma suerte otros 20. Los milicianos ya nos han dicho que mañana, víspera de la Asunción, iremos al martirio los 20 que todavía quedamos. Han sido *días de dolores y angustias (Carta de despedida)*, pero morimos todos contentos *porque el Señor nos ha permitido sufrir algo por su amor (Casadevall)* y *ser mártires por Cristo y por la Iglesia (Lladó)*. *Nos fusilan únicamente por ser religiosos (Pigem), perdonando a nuestros enemigos (Bregaret) y rezando por la salvación de las almas de todo el mundo (Figuro) y para que nuestra sangre estimule el desarrollo y expansión de nuestra querida Congregación por todo el mundo (Carta de despedida)*.

Ya desde 1934 por el clima anticlerical y la violencia que se ejercía sobre la Iglesia en España, y por la experiencia de registros y amenazas que vivimos en Cervera, sabíamos que “el martirio era una posibilidad real” (*Viñas*), pero en Barbastro estábamos tranquilos, confiábamos en la seguridad que nos daba el coronel Villalba, vivíamos con normalidad, estudiábamos, rezábamos, jugábamos, nos preparábamos para ser sacerdotes y misioneros en tierras lejanas, en el ministerio de la palabra, en la pastoral obrera, en la prensa o donde los superiores quisieran. Nos decíamos que somos gente de paz, que no hemos hecho nada malo, ni pertenecemos a ningún partido político.

Después de varios intentos se cumplieron los rumores que circulaban por Barbastro. En la tarde del 19 de julio muchos milicianos vinieron a casa para proceder a un registro buscando las armas que suponían teníamos escondidas. Estando todos en el patio y de cara a la pared, revisaron todo, habitaciones, armarios, cajones, incluso abrieron el sagrario. Hubo momentos de mucha tensión. Los milicianos tuvieron que imponerse al gentío que entró en casa y que reclamaba nuestro fusilamiento inmediato; su jefe le tuvo que prometer nos iban a llevar a la cárcel. Aunque estábamos atemorizados, nos manteníamos serenos y en silencio, pero la espera a que todo concluyera se nos hizo larga. Finalmente, contrariados porque no encontraron nada, los milicianos optaron por llevarse a los tres superiores. No sabíamos adónde se los llevaban; nos cruzábamos miradas interrogativas con cierta intranquilidad pero confiando en la Providencia.

Los Padres Masferrer y Cunill se pudieron escurrir y llegar a las capillas del Seminario y a la iglesia para salvar las hostias consagradas. Nos permitieron comulgar a todos, y en un maletín llevamos con nosotros las que todavía quedaban. Fue una gracia de Dios porque en la cárcel nos sirvieron de viático. El P. Calvo nos impartió la absolución antes de que nos sacaran de casa y nos hicieran desfilar por las calles de Barbastro bajo la mirada, respetuosa o compasiva de unos, y la agresiva y amenazante de otros.

Nos encerraron en el salón del colegio de los Escolapios, que fue “*testigo de nuestras duras angustias*” (*Faustino P.*) hasta que nos sacaron para matarnos. Los Escolapios nos acogieron muy fraternalmente, nos pasaban cada día hostias escondidas en el pan del desayuno para comulgar, y nos facilitaban la comida que nos preparaba el hermano Vall. Pudimos mantener

nuestro ritmo de vida adaptándonos a las circunstancias. Teníamos nuestros momentos de oración personal y de recogimiento, pero también de recreación. Es verdad que sufríamos varios inconvenientes, sobre todo el calor y la falta de agua para beber y lavarnos, pero todo lo soportábamos sin lamentarnos. Teníamos la esperanza de que esta situación se resolvería en un par de días.

Sin embargo, todo cambió en algún momento. Nos prohibieron reunirnos en pequeños grupos y conversar entre nosotros, nos tenían estrechamente vigilados. Cuando nos enteramos que habían fusilado a nuestros superiores, empezamos a prepararnos para morir. Nos consideramos ya mártires de Jesucristo; sentíamos una íntima alegría que tratamos de comunicarla a nuestras familias. Varios de nosotros dejamos escritas para ellas pequeñas notas en papelitos, en las paredes, en maderas, para consolarles y para dar animarles a dar gracias a Dios por este don que el Señor nos concedía.

Éramos todos uno: la suerte de cada uno era la de todos, y todos estábamos por cada uno: ayudamos al Sr. Blasco a superar el miedo de no ser capaz de soportar el martirio y ser motivo de escándalo; protegimos a Casadevall de las insinuaciones de una de las prostitutas que nos metieron en el salón para tentarnos; Pigem se negó a salvarse él solo. Nos animábamos a morir como mártires y no claudicó ninguno de nosotros; todos permanecemos unidos hasta el final.

Nos tuvimos que plantear qué hacer cuando los milicianos nos propusieron salvarnos de la muerte si nos uníamos a ellos. ¿Qué era mejor disimular para salvar la vida y tener la posibilidad de huir y ejercer después el ministerio o morir como mártires? El sacerdocio, las misiones, el apostolado era la ilusión de nuestra vida. Nos dimos cuenta de que no era importante lo que nosotros queríamos, sino lo que Dios tenía dispuesto para nosotros. Estábamos seguros de que nuestra sangre penetraría en las venas de la Congregación y sería semilla de nuevos misioneros que llevaran a cabo nuestro sueño.

Ofrecíamos al Señor nuestras vidas y los sufrimientos a que nos sometieron. Desde las ventanas que daban a la calle nos insultaban y amenazaban; los milicianos nos obligaban a hacer ejercicios militares retrasándonos ir a hacer nuestras necesidades, pero lo peor era cuando nos hacían formar durante casi una hora para ser fusilados; deseábamos que nos mataran para poner fin a nuestra agonía. Los milicianos acababan riéndose o blasfemando, y nosotros caíamos con los nervios destrozados.

A Hall y Parussini, nuestros dos compañeros argentinos, los liberaron por su condición de extranjeros. Les pedimos que dijeran al Padre General que todos moríamos contentos de pertenecer a la Congregación de los Misioneros Hijos del Corazón de María y les entregamos un papelito firmado por los 40 todavía vivos a modo de despedida oficial de la Congregación, y un pañuelo del P. Sierra, que besamos como expresión de “nuestro beso a la Congregación querida al tener la dicha de morir en su seno”.

Conscientes de ser llamados al martirio, nos preparamos para morir, rezamos y perdonamos a nuestros verdugos. Estábamos inquietos, sin poder dormir, pero firmes en nuestra decisión. Nos llamaron por grupos en tres noches para llevarnos al lugar del fusilamiento. Yo me quedé en el último. Cuando se los llevaban, unos rezaban el rosario con los misterios dolorosos pero

los cambiaron por los gloriosos al oír las descargas de los fusiles; otros entonaron un Magnificat por cada uno de los hermanos fusilados.

Conforme salíamos del salón y entrábamos en la plaza del Ayuntamiento para subir a los camiones, la gente nos insultaba pero no nos intimidaban. Dábamos “vivas” al Corazón de María, a Cristo Rey y cantábamos “Jesús ya sabes, soy tu soldado, siempre a tu lado yo he de luchar. Contigo siempre y hasta que muera, una bandera y un ideal. ¿Y qué ideal? Por ti, Rey mío, la sangre dar”.

José Félix Valderrábano cmf